

ARRASTRADO

Emilia Pardo Bazán

ÍNDICE

| | |
|--------------------|-----|
| Capítulo I | 489 |
| Capítulo II | 499 |
| Capítulo III | 507 |
| Capítulo IV | 515 |
| Capítulo V | 521 |

I

COMO llevaba hora y media revolviendo papelotes, Eugenio se levantó un instante, y se estiró, acercándose al fuego; la chimenea empezaba a desmayar. Añadió un par de leños y se sintió reanimado.

Como línea recta se le presentaba el porvenir. En cuatro años, iniciada una posición política, acreditado un lucido bufete, lograda fama de orador parlamentario que daría mucho de sí, la gente decía ya que «tenía suerte aquel Izquierdo»; pero él, más que con la suerte, contaba con su voluntad. La suerte es algo caprichoso y eventual; la voluntad, en nosotros reside.

Eugenio Izquierdo de la Rocha se había propuesto, después de largas reflexiones acerca de su destino, triunfar. Como la Convención francesa, había decretado la victoria. Para lograrla, sacrificaría cuanto le estorbase; los obstáculos, se suprimirían. No gastaría en balde fuerza alguna, ni física, ni moral, ni intelectual. Evitaría las pasiones, que perturban y esterilizan los años más fértiles, y, sin rehuir un trabajo tenaz, intensivo, cuidaría, como si fuese un viejo, de la salud, adoptando una higiene de sabio y de filósofo, con ribetes de *sportsman*. Escarmentado del caso de varios políticos de altura, zarandeados y gastados por aventuras con féminas, se había casado, proponiéndose querer a su esposa moderadamente, ahorrando tuétano, y serla fiel, por prudente precaución. Entraba en sus planes la frialdad del ambicioso, y la abolición —allá en sus adentros— de las leyes del honor exaltado. El honor de un político (pensaba) consiste en llegar a donde quiere.

Rumiando estas máximas por centésima vez, volvió a su mesa escritorio, mientras la llama se activaba y los leños crujían. Se

enfrascó de nuevo en papeles y documentos, extractando datos y comprobantes para su discurso de aquella tarde en las Cortes. El empeño era de capital trascendencia. Tratábase de un enorme chanchullo, cometido por el mayor adversario de Eugenio en su distrito, y que representaba la política opuesta a la de don Gregorio Manzanares. Protegido eficazmente por un alto personaje, aquel cacique amenazaba apoderarse del país y destruir la influencia de Eugenio, a pesar de cuanto hiciese en favor suyo don Gregorio, que había sido padrino y valedor de Izquierdo, sostén de su candidatura cuando logró el apetecido encasillamiento, y le consideraba su lugarteniente. No se limitaría la cuestión a su aspecto local. El Gobierno (Izquierdo y Manzanares figuraban entonces en la oposición), tenía el mayor empeño en echar tierra al asunto, que empezaba a conocerse por «el escándalo de los pinares de Sarraceda», y del cual iban apoderándose los diarios alborotadores, preparando una manifestación contra la inmoralidad del partido que ocupaba el poder. Eugenio disponía, pues, de ocasión muy propicia para salir de la relativa penumbra, de la fama discreta, a la estruendosa publicidad. El salto a la cartera estaba en aquel discurso de combate. Era preciso hacer un esfuerzo, quedar a la mayor altura. Sentía Eugenio una especie de fiebre de inspiración. Frases enteras, de efecto seguro, fulminante, se le ocurrían en tropel. Garrapateó algunas con lápiz para no perderlas.

De súbito, hizo un gesto de sorpresa desagradable: el criado acababa de entrar. Recordaba perfectamente Eugenio haber dado orden de que no le interrumpiesen.

—¿Qué ocurre? —preguntó, imperioso.

—Dispense el señor. Está ahí un hombre empeñado en ver al señor. Dice que se trata de una cosa muy importante.

—¡Importante, para él!

—Dice que es al señor a quien le interesa mucho recibirle.

Vaciló Eugenio. Podía ser algo referente al chanchullo. Tal vez un paleta de Sarraceda, portador de un testimonio útil.

—Bueno, que espere un instante en la antesala.

Frente a la puerta que acababa de cerrarse tras el criado, se alzó una cortina, y por el hueco pasó una cabeza de mujer. Era cabeza que alumbraba, con los reflejos dorados del cabello pei-

nado según los últimos decretos de la moda, en una como aureola solar, con moño del cual salían caprichosas desflecaduras rubias, en forma de antorcha flameante. El bombeado del pelo ensombreciendo un poco la frente, daba misterio de sugestión al mirar.

Avanzó el cuerpo de la dama, ágil y culebroso dentro de una funda de crespón blanco, toda incrustada de encaje irlandés.

—¿Estorbo?

La coqueta pregunta fue contestada con una sonrisa.

Con la dama vino y se esparció un penetrante olor de violeta. No se levantó Eugenio del sillón, pero ella, mimosa, vino a juntar la cara con la de su marido, que sintió las mejillas frescas, fragantes, recién lavadas y empolvaditas, y el araño leve del pendiente de perla. El esposo tendió los brazos, los cerró sobre el torso flexible, y estrechó y registró, ávido, sacando entre los dedos un ramillete. Era el que aromaba, desarrollado el olor por el contacto de la piel viva, tibia.

Hubo un trueque de risas, ahogadas en suspiros.

—Lo decomiso —declaró Eugenio, colocando el ramillete sobre los papelotes, mientras la esposa murmuraba, amenazando con la mano pálida, enjoyada de sortijas caprichosas:

—¡Loco!

Era en lo único en que Eugenio, a pesar de sus propósitos, perdía el compás y se olvidaba del método; en las expansiones conyugales, vehementes, como de enamorado. Y sin embargo, se juraba a sí mismo no hacerse sangre en las espigas de ninguna rosa de amor. «Eso», como lo demás, no debía ser obstáculo, sino ayuda.

—Sí, loco estoy con el trabajo para esta tarde, Ginita —explicó—. Y figúrate que, ahora, hay ahí un tío lata que a toda costa quiere verme. No le dejan a uno tranquilo...

Acompañada de un halago, la protesta:

—Ya entendemos la indirecta, ya... Me voy. Tengo que salir...

—¿Con el día tan lluvioso?

Ella rió.

—¡Bah!

La cortina había caído, y del incidente sólo quedaba, como recuerdo, el ramo de violetas, marchito a medias sobre el seno. Eu-

genio, un tanto desquiciado, roto el hilo de los períodos elocuentes, sacó de la pitillera un cigarro, y lo encendió. ¡Al diablo! Por un cuarto de hora, no estaría en disposición de consagrarse al trabajo con fruto. Más valía despachar al moscón, y luego...

El criado dijo a alguien que permanecía en la semioscuridad de la antesala:

—Pase usted...

Entró el importuno, y con él, una sensación de antipatía. Era un viejo cargado de espaldas, rostro cínico de sátiro, injerto en personaje del cuadro de Velázquez, «Los Bebedores». Tenía gruesa nariz, labios golosos, vinosos carrillos. Sus ojos chispeaban de astucia. Vestía un gabán de indefinible color, entre verde alagartado y amarillo desteñido: en el cuello, capa de muregre. Con sus manos, descalzas y nada limpias, daba tormento a un hongo abollado, que acabó por dejar en la silla más próxima.

En otra se instaló, sin manifestar encogimiento, al ver que Eugenio no le convidaba a sentarse. Y, con igual frescura, la acercó a la mesa, detrás de la cual Izquierdo se encontraba.

—¿Qué se le ofrece? —preguntó secamente Eugenio.

—Dispense que me siente... La conversación tiene que ser algo larga...

—Procure abreviar; estoy muy ocupado, y sólo puedo dedicarle cinco minutos.

Descubrió el viejo, con irónico sonreír, el pozo negro de una infecta boca, cuatro dientes rancios y angulosos de caballo matalón, y, sin alterarse, declaró:

—Hay cosas que requieren calma; calma para decirse, y calma para oírlas. Y le conviene escucharlas, señor Izquierdo.

—¿Se trata? —interrogó él, desdeñoso.

—¡Ah! Se trata... de su señora de usted.

Eugenio sintió que se inmutaba, mucho más de lo razonable. ¿Estaría soñando? Tal vez el viejo fuese un demente, un maniático, suelto por la calle para molestar.

—No entiendo bien —pronunció, dominando el sobresalto.

—Pues hablo claro. Se trata de la señora de Izquierdo de la Rocha. Y de otra persona, muy amiga de usted.

Eugenio volvió a sentir que perdía los estribos. No podía frenar la intensidad de la emoción. Era algo irrazonado, procedente del instinto. Hizo un llamamiento a su voluntad, amaestrada para sostenerle en todo trance, y logró mantenerse impávido, por fuera.

Satisfecho de su victoria, adoptó un aire de burlona tranquilidad.

—Estoy decidido a oír, pero hágame usted el favor de apresurarse lo más que pueda. Hágame usted cargo de que necesito el tiempo, y despache lo antes posible.

El viejo, a su vez, no perdió la sangre fría.

—¿No le parece a don Eugenio que debemos cerrar todas las puertas?

Izquierdo se levantó, echó el cerrojo a la interior, y diciendo al criado: «No estoy para nadie» dio la vuelta a la llave de la que comunicaba con la antesala. Luego, sonriente, tendió al viejo un puro con sortija, un legítimo Clay.

—Muchas gracias, lo guardo...

Y el vejete lo hizo desaparecer en el bolsillo tenebroso.

—¡Ya voy! —agregó...— poco hay que explicar las cosas, ¿no es verdad?, si han de entenderse. Porque usted dirá para sí: a este caballero que tengo delante, ¿qué le importa mi señora? ¡Ahí verá usted, don Eugenio! Yo, aunque no visto a la última moda, soy una persona muy decente. Fui muchos años conserje del Círculo... ¡del de los de usted!, y por cierto que allí hice conocimiento con don Gregorio Manzanares... Usted no le frecuentaba entonces; no había usted empezado a figurar. Yo cumplía muy bien mi obligación, pero como siempre hay envidiosos y gente que quiere la plaza que otro desempeña, me armaron un lío, diciendo si me bebía o no me bebía el dinero de los recibos de las cuotas. Y me echaron a la calle, don Eugenio, con tres hijos... El mayor, una señorita... no está bien que lo diga yo, pero...

Hizo un gesto significativo, juntando tres dedos sobre los labios, y volando el beso al aire.

—Ya ve usted —advirtió Eugenio— que le dejo explayarse. Lo que no veo, es la relación que todo eso puede tener...

—Aguarde, ¡ya llegaremos! Estábamos en que nos echaron a

la calle, yo anciano de más de sesenta, mis hijos pequeños, menos la chica, la Juliana. Como el señor de Manzanares, usted lo sabe, es tan franco, al pasar por la portería saludaba a la niña, y la decía cosas. Estando en tan buena relación con él, fui a pedirle que me diese otra colocación, pero...

Eugenio leía como en un libro abierto en la realidad de aquel relato. De sobra conocía él a su gran valedor político, a quien muchos llamaban «el sesudo Manzanares». Solterón recalcitrante, bajo sus apariencias de seriedad, vivía siempre enredado en mil devaneos, y la edad, en lugar de ajuiciarle, le despeñaba a secretos excesos, destructores de su gastado organismo. Era seguro: se había enredado con la niña del conserje, aunque no colocase al padre, sabe Dios por qué.

—Le advierto a usted —continuó el cínico viejo—, que mi niña ha recibido muy buena educación. Hasta profesora de piano la puse. Así salió, tan digna; nadie dirá otra cosa; lo del señor Manzanares es una desgracia, como otra cualquiera. Además, eso ocurrió porque el señor Manzanares prometió que se casaría; que si no, Juliana le hubiese dado con la puerta en las narices... Lo prometió; y con la nenita, la que nació hace tres años, estaba chocho.

La sonrisa de Eugenio se hizo más aguda, y se le llenaron de malicia los ojos. ¡Hola! ¡Hasta había una nenita de por medio! ¡Manzanares! ¡Qué historia!

—Naturalmente, tuvimos que fiar en la palabra de un personaje así, de un señor de respeto... ¡Pero sí! ¡Fíate...! Hace cosa de un año, el señor don Gregorio empezó a dejar correr días sin venir por casa; luego ni contestaba a las cartas que la Juliana le escribía. Un proceder sucio, ¿eh?; ¡porque a una señora, se la contesta! Y por último sale con la pata de gallo de que contásemos con diez duros al mes, y que no podía pasar de ahí, que tenía muchos gastos, y que tantas «caridades» le arruinaban. ¡Caridades! Vaya, que es necesario ser fresco... digo yo; usted, señor Izquierdo, no sé qué dirá.

Reservado, fríamente, indicó Eugenio:

—Mire usted que lleva un cuarto de hora sentado ahí, y todavía no ha salido a relucir nada que...

—Ya, ya llegamos... Cada cosa a su tiempo...

Decíalo el viejo con expresión de malignidad, envuelta en cierta amenaza oscura.

—Ahora, ahora sabrá usted... Pero, ante todo, como yo soy un pobre, a quien le han quitado traidoramente su modo de vivir, no extrañará don Eugenio... Necesito con urgencia... cierta suma. Mi hija es una señorita de mucha vergüenza, que no se lo gana como otras; yo no encuentro trabajo, itrabajo honrado!, y la pequeñina, que es preciosa —isi la viese usted en Carnaval, vestida de Mefistófeles!, ilos piropos que oyó!—, ha de criarse según la clase de su padre. Así es que, como lo que traigo es para usted de mucha cuenta, dígame si puede facilitarme esa cantidad...

Eugenio se encogió de hombros.

—¿Conque dinero? Vamos, ya me parecía...

El viejo le clavó los pitañosos ojos, en cuyo fondo ardía la perenne llamarada turbia del alcohol.

—Si don Gregorio procediese con mi hija como corresponde, no necesitaría yo cinco mil pesetas.

Levantose Eugenio. Necesitaba dar a sus actos giro humorístico, porque sentía impulsos de agarrar al borrachete por el cuello del gabán mugriento, y hartarle de mojicones. Lo que hizo fue abrir un cajón, sacar de él una peseta, y tendérsela al truhán, exclamando:

—Tome usted. Es por una vez, ¿eh? Váyase a comer un guisote por ahí...

A su turno, se había puesto de pie el báquico, rechazando la peseta, con ese ademán hidalgo que a veces hacen las personas más degradadas.

—¡No hay por qué faltarme, señor de Izquierdo! —profirió, tratando de erguir la cabeza entre los cargados hombros. No «hemos» venido aquí a pedir limosna, sino a prestar un servicio, y yo no tengo por qué prestárselo de balde. Con sobrado derecho reclamo lo que es mío. Si prefiere, a pagar esa suma, darme un buen empleo, de plantilla... Pero como salen ustedes siempre con lo de las condiciones y los requisitos legales...

Mientras hablaba el cínico, Eugenio, con violenta resolución, se serenaba, realizando, por medio de aquella su voluntad bien templada y omnipotente, un acto de fuerza sobre sí mismo, y

parecido en lo moral, al efecto de un poderoso calmante sobre la materia. La idea que le sugerían las palabras del borracho flotaba como una niebla, pero sentía Izquierdo que iba a precisarse a tomar cuerpo; por absurda que al pronto pareciese, era eso, y no otra cosa, lo que asomaba, su chata cabeza de víbora, entre los pliegues de la sospechosa conversación. Y, ya serenado, la memoria inconsciente empezaba a hacer su oficio: Izquierdo recordaba confusamente haber oído no sabía qué, acerca de un enredo grave en que Manzanares «el sesudo» andaba metido; se había dejado envolver: una familia imposible, el padre, casi un presidiario; la hija, una prójima, y el retoño... ¡isabe Dios...!

Un presentimiento, no oscuro, sino bien marcado, le sobrecogió. Por algo le mezclaban a él en el contubernio.

—Bueno —dijo al vejete—. No hay inconveniente en dar a usted los mil duros, siempre que el servicio lo valga...; lo cual todavía no se sabe.

—¿Que si lo vale...? —Y la expresión de la cara, como sembrada de flores de heces de vino, fue admirable, en su bajeza ladina—. Lo vale, señor de Izquierdo, porque no voy a figurarme que, como a veces pasa, usted esté más enterao que nadie.

El golpe era certero. Eugenio lo recibió sin mover un músculo de la faz.

—En cualquier caso —respondió—, cuente usted con la cantidad, si se trata de hechos ciertos y que tengan que ver conmigo.

—¡Y vaya si tienen! Pues señor... ha de saber que, aunque visto de lana, no soy oveja. ¡Y nadie me engaña a mí; y no me fio ni de mi padre que resucite; y si se ha creído otra cosa el señor Manzanares ya se desengañará! Así que don Gregorio empezó a faltar a la consideración a mi hija, y dejó de visitarla, y nos redujo a comer cordilla, como el gato. Yo la dije: «No te aflijas, Juliana; esto es que hay otra señora de por medio». Y como, antes de ser conserje del círculo, fui una temporada de la policía; y como el oficio no se me ha olvidado del todo, me dediqué a seguir al que tenía el deber de ser mi hijo político... pronto se descubrió el busilis... ¡Vaya!

El narrador tomó aliento unos instantes, preparando el efecto.

—Y luego —farfulló—, dicen que si las señoronas... ¡Mi hija también es una señora! En fin, don Eugenio, si quiere usted detalles, los que hagan falta. Sé cuanto ocurre; sitio, horas, y hasta donde compra don Gregorio las alhajas que ha regalado... A mi hija, el muy sucio, la conformó con un «pendientivo» de mala muerte y un relojito de esos de pulsera; y ahora, la prendera, la Chiva, le ha vendido unas perlas redondas para las orejas, y un hilo...

Con instintivo movimiento, llevó Eugenio la mano a su sien, buscando el regalado arañazo sufrido momentos antes.

—Debo de estar pálido —pensaba—. No quiero estar pálido, no quiero dar la menor señal de que he recibido el porrazo en la nuca. Éste es el momento que yo esperaba: el momento en que el azar ha de ser vencido por la conciencia. Viene la lucha en esta forma, como podría venir en otra. Soy un trozo de mármol.

Y en alta voz:

—De modo que usted dice que la persona... es...

—No hace falta nombrarla. Al buen entendedor... Don Gregorio y ella...

Y, con las yemas de los índices juntas, esbozó desvergonzado gesto.

No fue el corazón, fue el estómago lo que se soliviantó, y Eugenio sufrió náusea un segundo. En la mesa, una copa de agua adicionada de cognac y azúcar, estaba siempre colma. Bebió un sorbo, maquinalmente.

—Hágame usted el favor —dijo al truhán— de sentarse ahí y escribir, o mejor... No; dicte usted, y yo escribo. Nombre de usted, señas de su casa.

Un recelo se pintó en la innoble faz. Era el del zorro que olfatea la trampa.

—Mi nombre ni mis señas no tienen que ver...

—¡No es para hacerle a usted daño! Es para cerciorarme y poder avisar a usted, a fin de entregarle la suma convenida.

—¿Palabra?

—Palabra de...

Izquierdo titubeó.

—De honor —pronunció, ya resuelto.

Con esa repugnancia a dar su nombre de los que, por alguna causa, buscan, como ciertos insectos, la oscuridad protectora, el viejo declaró que se llamaba Antonio Méndez, alias *Antoñón*, y vivía en la calle de Mira el Río, número tantos...

II

HABÍA salido, dejando la peste de su vinazo en el ambiente. Eugenio permanecía inmóvil, recostada en la palma de la derecha la frente, en la mesa el codo. No reflexionaba; dudaba. No podía convencerse de que hubiese estado allí tal hombre, ni de que le hubiese dirigido tales conceptos.

Duró este estado cinco minutos. El apunte, que contenía a la vez señas y detalles, trajo la noción de la realidad. Allí estaba escrito todo, de su puño.

—Calma, calma, Eugenio: te ha llegado la hora. Si cedes a las influencias de fuera, ¡estás perdido! Tu corazón, conviértelo en bronce. ¿No deseabas una ocasión de ensayar tus energías? Aquí la tienes... y es de primera.

Abrió un cajón, y escondió en él el apunte, fijándose en el rincón donde lo dejaba, no sin releerlo antes, para aprendérselo de memoria. De otro cajón sacó un papelito de seda, guardado en una cajita de cartón rosa, de las que venden en las farmacias. Tocó el timbre, y vino el criado.

—Un vaso de agua sin azúcar y una cucharilla.

Era la ligera dosis de calmante que el médico le había recetado para los momentos en que una emoción, producida por algún incidente de la lucha parlamentaria, le alterase los nervios. Absorbido el remedio, se sintió tranquilo, aunque profundamente triste. Por un instante pensó en acostarse, refugiándose en la oscuridad, y, si era posible, en el sueño. Sacudió la cabeza, como para aventar materialmente una idea.

—Ahora, el gabán, los guantes, el paraguas, el hongo.

A paso elástico tomó hacia la calle que las señas indicaban. No se había echado al bolsillo el inevitable revólver de los que van

en pos de la venganza cruenta. Lo hubiese considerado teatral, y además, inútil. Otras soluciones encontraría; intelectuales, superiores. El modo de resolver bien los conflictos propios, es mirarlos desde alto, y como ajenos. Entonces se hacen las cosas cuerdamente, y se burla a la fatalidad.

Ante todo, cerciorarse: tarea excesivamente fácil, sin necesidad de desplegar en el espionaje, gran maestría. A cada paso que daba por las vías públicas, a aquella hora tan alegres, tan animadas, de este Madrid donde todo es bullicio, la inverosimilitud del relato le parecía mayor. No se concebía que Manzanares se lanzase a felonía tal; y, sobre todo, Gina, Gina, ¡a los dos años de matrimonio! Seguras pruebas tenía de que su Ginesa era con él feliz. Ningún indicio de frialdad, de desvío, sorprendió en ella nunca. Había sido educada por una familia de severos principios, de estrecha moral, de respetabilidad completa. Era un ama de casa cuidadosa, pendiente de las menudencias domésticas. Salía mucho a la calle. Cierto, pero eso, ¿qué significa? Tenía siempre mil cosas que comprar. Además, ya ha pasado el tiempo en que se enclaustra y se encierra a las mujeres. Verdad que tenía afición a la elegancia. La memoria de Eugenio enlazó dos datos: una teoría oída sostener a Manzanares, y el dicho del viejo, acerca de las joyas regaladas a su nueva amiga... Manzanares afirmaba que «una señora elegante, bien vestida, da prestigio a un hombre político; nosotros no podemos cultivar ningún lujo personal, y nuestro lujo son nuestras mujeres... Yo no me he casado, pero, de hacerlo, no andaría regateando trapos a mi esposa...»

—¿Qué alhajas tiene Gina? —recapacitaba Izquierdo—. A ver... Un collarcito de brillantes que la di al casarnos, poca cosa; un colgante de zafiros, regalo de su madre... y creo que nada más. Y es positivo que me enseñó un hilo largo de perlas, no muy gordas... Pero me dijo que era falso, y lo mismo los aretes... Me parece que la estoy oyendo: —¡Mira, las imitan ahora de tal modo, que no vale la pena de invertir un capital! —Se necesita descaro...— Un hervor de cólera le agolpó al rostro la sangre. —Cuidado, cuidado, nada de enojos, nada de indignaciones. ¿Me indignaría yo tanto si esto le sucediese a Manzanares, por ejemplo? Sería una indignación templada por la risa. Ríá-

monos... interiormente. No hay medicina como ésta: pensar que lo que nos pasa, es a otro a quien le pasa, y mirarlo como lo miraríamos, si así fuese. No tengo tiempo ni medios de conceder tanta trascendencia a mis asuntos íntimos, sentimentales. Me he propuesto que la mujer no me corte las alas, no me eche a pi-que. ¡Y así será!

Se apretó la izquierda con la derecha, como si se hiciese un juramento.

—Sea lo que sea, todo ello, secreto profundo entre mi conciencia y yo. Y claro es que no caben en mí venganzas al estilo clásico. Vengarme... debo vengarme, sí...; sólo que de un modo original, reservadísimo. Y sin drama, al menos drama ostensible. ¿Y si todo fuese un embuste del borracho aquel? Tampoco esta hipótesis hay que excluirla.

Se paró un instante para respirar. Se sentía orgulloso de sí mismo, que es de los sentimientos más gratos. ¿Quién, en su caso y en su lugar, era capaz de discurrir con tal reposo, con tanta lucidez? ¡El que podía dominar así sus pasiones, era, no cabe dudarlo, un hombre superior!

—No quisiera ser tampoco —seguía cavilando— uno de esos bonachones, que en nombre de los sentimientos humanitarios suprimen la humanidad. Yo no he de tolerar la ofensa; pero he de destruirla, borrando lo que amengüe mi personalidad ante los ojos del mundo. Si ya se sospecha, desviaré las sospechas; y si no se sospecha, que será lo más probable (todavía falta por averiguar si tal ofensa existe), entonces tengo libre el camino.

Discurriendo así, Izquierdo se aproximaba a la calle «consabida».

—Empecemos —se dijo— a ser cautos.

Torció la ruta, se enhebró por otras vías, y fue a salir, sin embargo, a corta distancia de la calle «fatal». En su interior lenguaje, medio en broma, medio en veras, la llamaba así. Quería dar un sello humorístico (supremo vigor del espíritu) a una situación angustiosa. Ya en la calle, sus ojos, imantados, se fijaron en el número de la casa, más «fatal» aún.

La vivienda no ofrecía, al pronto, nada de particular, en ningún sentido. Vulgar edificio de cuatro pisos, ni antiguo ni moderno, el bajo con rejas, los balcones altos con macetas, parecía

húmeda y oscura, porque la calle era estrecha, y hacía allí un recodo. No tenía la casa tienda alguna; en el portal no se veía a nadie. La disposición de las rejas, sin embargo, podía extrañar un poco: todas debían de funcionar, en caso de necesidad, como puertas. El bajo de la izquierda mostraba abiertas, hacia dentro, las vidrieras, y, sepultando la mirada en lo interior, veíanse hacinados objetos confusos, voluminosos cajones, muebles de gran magnitud. Comprendió entonces Izquierdo el motivo de las rejas—puertas. Permitían introducir y sacar fácilmente los trastos almacenados allí, y que no cabrían por la puerta, ni acaso en el portal angosto. Entonces, miró hacia el otro bajo. Seguramente se había construido igualmente para almacén, porque poseía las mismas rejas, pero Izquierdo observó que, detrás de éstas, las vidrieras estaban cerradas cuidadosamente, y tupidos visillos las defendían. No había medio alguno de ver lo que pasaba allí.

Deslizándose precavido a lo largo de la fachada, echó una ojeada de soslayo, y, con involuntario estremecimiento, notó que también las maderas de las vidrieras estaban cerradas herméticamente. ¡A las doce del día!

Con sosiego, mordiéndose un poco el bigote, murmuró para su sayo:

—Debe de ser auténtico. Estarán ahí.

Tendió la vista alrededor. Ni un segundo se le ocurriría producir escándalo, ni aun pasearse de arriba abajo, llamando la atención de los vecinos. Casi enfrente de la casa divisó, en un balcón, papeles. Entró e hizo a la portera la demanda de rúbrica. Deseaba ver el piso, saber cuánto rentaba.

Subió, y, ya dentro, manifestó que quería recorrer la vivienda despacio, él solo.

—Así me fijaré bien en el empapelado, en la cocina... en todo. Gastaré media hora, pero iré enterado, para contárselo a mi hermana... Tome usted...

Su presencia de ánimo era tal, que no dio el duro, sino sólo la peseta: una propina demasiado espléndida le haría sospechoso.

Le dejaron, y se fue derecho a la sala, observatorio magnífico. No perdería detalle.

Si asomaban Gina o su cómplice, habría de verles perfectamente. Y Gina, si allí estaba, saldría muy pronto: era la hora del almuerzo; las doce y media iban a caer, y no ignoraba Eugenio la puntualidad de que se preciaba aquella mujer hacendosita. No aparecía nadie, sin embargo. La fachada mostraba una enigmática faz, con cerrados ojos de balconaje. Se asomó al segundo una criada, y descolgó la jaula de un canario. Por la calle apenas pasaba algún chiquillo, algún coche simón, alguna carreta de las de siete en fila, rematadas por un asnillo menudo. La impaciencia iba royendo a Izquierdo. Miró el reloj. ¡La una menos cuarto! Salió, bajó, y, al pasar por delante de la portera, anunció que volvería, con su hermana, a fin de decidirse por el piso, si rebajaba el casero un duro al mes...

Al poner el pie en la calle, la idea era clara.

—¡La casa fatal tiene otra salida!

Hacia esquina la casa; revolvió Izquierdo por ella, y se abochornó de su falta de sagacidad. Había, en efecto, otra puerta en la fachada trasera; una puertecilla vergonzante, como furtiva, que daba a un pestífero callejón.

—¡Bien combinado! —calculó—. La casa posee, en realidad, no dos puertas, sino tres o cuatro. Además de las rejas, que son otras tantas salidas, faltaba ésta, que es de verdadero escape. Registremos.

Empujó ligeramente la puerta chica, que se abrió sin ruido; la cruzó y se encontró en un pasillo ahogado, que terminaba en un patizuelo interior, verdoso y telarañoso. Un niño encanijado jugaba en él, con cajas viejas de fósforos.

—Visto —pensó Izquierdo—. Me han burlado. Bueno, es igual. Ahora, a inventar un pretexto que explique mi retraso, porque, de seguro, Gina me espera, perfumada, coquetonamente peinada, y con otro ramo de violetas oculto... ¡Violetas! Muy bien. Voy a llevárselas.

Tomó un coche, dirigió a una tienda de flores, compró un ramo fino, y luego las señas de su casa. Sus pretensiones se realizaron: el almuerzo esperaba; ¡estaría detestable!, y Gina, al decirlo, sonreía, entre enojada y zalamera. Sentados ya en el comedor, frente a frente separados sólo por el lindísimo juguete de porcelana y plata que, lleno de helechos, centraba la mesa.

Izquierdo dio su excusa y su explicación: le habían llamado al Congreso, a una Sección; la cosa más fastidiosa, ya sabía Ginita...

A hurtadillas, estudiaba el rostro de su mujer. Estaba Ginesa muy guapa, y su traje gris, de velo de religiosa sobre fava, graciosamente plegado, amortiguaba, con lo dulce de sus medias tintas nubosas, lo brillante y fuerte de los reflejos de su pelo, domeñado por horquillas de concha rubia cuajadas de estrás. Izquierdo analizaba el género de belleza de su mujer, y, acaso por vez primera, reconocía que no era tranquilizador. La nariz, respingada, descubría una boca turgente, fresca como sangre recién vertida. Los ojos eran atigrados, llenos de partículas de polvillo de oro oscuro. Y, en aquellos ojos, había insinuaciones, promesas, algo cálido, provocante. La frente, serena y blanca, las formas del cuerpo, juveniles, el buen gusto del vestido, y la ausencia de todo afeitado en la nacarina tez, hacían que, al pronto, pareciese distinguida y dulce la hermosura de Ginesa. Pero, en aquel rostro de mujer, se podían discernir dos elementos: un ansia de vida superior, ostentosa, halagüeña para las vanidades, y una exigencia de lujo personal, un culto de sí misma. Impaciente por gozar, no podía conformarse a la espera de la posición que conquistase el esposo. La fiebre de lucir y brillar la consumía. Así lo decidió, en su interior, Eugenio, mientras, sonriente y disimulado, la ofrecía, después de las flores, rabinillos rosa en elegante concha de cristal, donde nadaban, cortaditos y frescos. «Las exigimos —pensaba— que nos rodeen de refinamientos, y no queremos que ellas, a su vez, deseen la vida intensa, complicada por múltiples sensaciones de goce y ostentación». Y, como si Ginesa quisiese traer el diálogo conyugal al mismo terreno de los pensamientos de su marido, después de preguntar a éste cómo iba el trabajo parlamentario, deslizó:

—¡Lástima no tener automóvil, para esas idas y venidas tuyas, como la de esta mañana! Te habrás ido en un coche de punto; yo, a pie... Una berlinita no nos resuelve el problema; no se está servido, Eugenio. Te lo vengo diciendo, y no me quieres creer.

—¡Automóvil! —repitió el marido—. No somos ricos todavía. Más adelante...

—No creas, a la sordina, el coche cuesta más caro —declaró Ginesa, con esa insistencia suave de la mujer que tiene un capricho y no quiere aplazarlo, sino satisfacerlo inmediatamente—. El automóvil sólo come cuando trabaja. Me dirás que sería preciso tomar un mecánico. También pagamos, en la cochera donde alquilamos, lo correspondiente a cochero, lacayo y toda la pesca. Yo tengo mis cuentas muy bien echadas...

—Sí —pensó Izquierdo—, ya me parece que conozco tus cuentas. ¡Son milagrosas!

—No te quedes así callado, Eugenio; discutamos el punto. He visto un «landaulet» muy mono...

—¡Ah! ¡Ya has visto un «landaulet»! —repitió en alto él—. Ahora —añadió bromeando— lo que hace falta ver son los monises. ¡Ay, hija mía! El dinero es la clave de todo. ¿No te parece a ti?

—Dinero, lo tenemos, porque el automóvil de que te hablo, es un verdadero lance. Se deshace de él Pepito Morería, por capricho nada más, por comprar otro de marca nueva, y no pide sino tres mil duros. A eso bien podemos llegar. Y ya sé que tú guías perfectamente.

—¡Bah! No me es posible sacrificar tres mil duros, aun reconociendo que sea baratísimo en ese precio un buen coche.

Gina se ocupaba en desviar las espinas del lenguado gratinado, para hacer plato, según cariñosa costumbre, a su marido; y, poniéndole sobre la copiosa ración una capa del picadillo de setas, dejó caer, como al descuido:

—Yo tengo economías...

Izquierdo afectó admiración, entre irónico y galante.

—¡Si cuando digo que no hay otra así...! ¡Tener tú economías, con lo bien que vivimos! ¡Economías con estos almuerzos, y este tren de casa!

Un rubor imperceptible coloreó las mejillas de la hacendosa.

—Eugenio, la cuestión no está en gastar, sino en saber lo que se gasta. ¡Yo soy tan aprovechada! Aquí no se derrocha un céntimo; en eso está el secreto. En persona me entiendo con los vendedores: el pescadero me tiembla, porque dice que le hago perder... No me fío de la cocinera; todo pasa por mis manos, todo

viene en derechura de los proveedores. Así es como puedo haber economizado... poca cosa, pero...

Eugenio levantó el dedo, como amenazando.

—¡Cuánto, pícara! Vamos a ver.

—Pues... sobre... un par de miles de duritos.

—¡Atiza!

La exclamación era halagüeña, mezcla de asombro y enfática alabanza.

—Ya ves que al automóvil podemos llegar... ¿Qué dices?

—¿Qué quieres que diga? Tienes un modo de convencer...

Y de pronto, como si le ocurriese una nueva objeción, interrogó:

—Pero hija, eres bruja. Has podido ahorrar cantidades y comprarte joyas.

—¿No te he dicho que son imitadas las pobres perlas? Imitadas con gran perfección, eso sí; de tal modo, que engañan a todo el mundo. Mucho me las alaban. Para mayor ventaja, falsas y todo, las he comprado de lance, en una casa de empeños. Porque has de saber que la perla bien contrahecha, como las mías, cuesta carísima, hasta en París.

—Le diré al ministro de Hacienda que venga a tomar lecciones, Gina... ¿Y sabes que estás muy bien con esa toilette? No, no te acerques para darme las gracias, que no tengo tiempo que perder en tonterías... Ahora mismo, me voy escapado al Congreso...

Por el camino, recostado en el coche, un orgullo amargo le inundaba. Había podido vencerse, y tan completamente, que Gina quedaba bañándose en agua de rosas. No era sino el principio de lo que pensaba realizar en el campo del disimulo.

—No soy —resolvió— un hombre de esta época, sino un personaje del siglo XVI, de esos de la historia italiana, que premeditan un golpe, lo maduran, y mientras llega el instante de realizarlo, halagan al enemigo. Soy un contemporáneo de los Médicis, soy un alumno de Maquiavelo. Este terrible ejercicio me sirve para conocer la medida exacta de mis fuerzas. Cuanto más me contenga, cuanto más encubra mi alma, más valgo. A «ella» la he dejado complacidísima, segura de que la adoro. A «él» le voy a prestar un gran servicio político. No pueden leer dentro de mí. La partida, se la gano... ¡y soy el sucesor de Manzanares, antes de pocos meses!

III

ENTRÓ en los pasillos, un poco agitado porque iba a afrontar la prueba de ver, de estrechar la mano a su deshonorador. —Si nadie lo sabe —recapacitaba—, nadie me puede herir por esa juntura del arnés. Y lo probable es que no lo sepan. ¡Y aún no puedo yo, en realidad, afirmar que sea cierto, a pesar de cuantos indicios he recogido!

Distribuía apretones de manos, saludos; un grupo se formó a su alrededor; entre él había periodistas jóvenes, ávidos de olfatear, anticipadamente, el giro que iba a tomar el debate. Pasó Minia Dumbria, baronesa de Alborada, asidua a la tribuna presidencial, y festivamente, fijando sus ojos inquisidores en el orador de la tarde, preguntó:

—¿Se ensañará usted mucho con Ruiz Aguado? ¿Habrà hule?

Izquierdo sabía que los políticos no deben franquear nunca sus intenciones, y contestó con un murmullo amable y una sonrisa que nada significaba. Fue el momento en que Manzanares, empaquetado, serio, se acercó al grupo, y dirigió a su lugarteniente una ojeada significativa. Una especie de zig-zag eléctrico serpeó por las venas de Izquierdo. ¡Él! ¡Ese ser que importa más que nadie, porque ha cambiado el curso de la vida, el giro de la sensibilidad! ¡El que ha destilado el odio en nuestro espíritu! Como si le viese por primera vez, los ojos de Eugenio se clavaron en el semblante de Manzanares. No le había mirado jamás desde ese punto de vista. Le estudió con ahínco. Le analizó. Reparó lo que nunca reparaba: la cara gruesa, plácida, la barba entre sal y pimienta, el principio de desnudez en el centro del cráneo —calva innoble, calva zapatera— y recordó que Gina era muy aficionada a despeinar, y se le ocurrió que, si pa-

saba la manita por la cabeza del sesudo, no sería del todo estética la impresión de sentir bajo la palma aquella lisura de la piel, elástica y tirante por el mullido de la grasa. Manzanares, entretanto, acorralaba a Izquierdo en un rincón, cuchicheaba. Era preciso apretar: Ruiz Aguado traía un arsenal de defensa, y, lo que era peor, golpe de acusaciones concretas contra la fracción manzanarista; hasta contra él mismo, Izquierdo. En el aire zumbaba sordamente el escándalo.

—Si llevamos ventaja en esta cuestión, Izquierdo —repetía—, es fácil que de aquí salga una crisis, y vengamos, aunque no quieran. Y, si venimos, o pierdo el nombre que tengo, o usted va a Fomento; porque ya estoy cansado de que dejen a pie, en las combinaciones, a mis mejores amigos.

Al hablar así, su resuello venía a quebrarse en los bigotes de su interlocutor, y la idea de los alientos de Gina y Manzanares, mezclados, produjo a Eugenio una especie de malestar, que notó el político.

—Le encuentro a usted como aplanado. ¿Tiene usted malas impresiones? ¿Está usted en un buen momento?

Con un ademán. Eugenio le tranquilizó. Los timbres se oían; la sesión comenzaba; el pasillo se quedó un poco más desahogado; pero muchos diputados siguieron cabildeando, por las esquinas. Era la hora de ruegos y preguntas; hora lánguida, sin interés general.

—Me voy a la Biblioteca un minuto —declaró Izquierdo—. Tengo que consultar precedentes, Diarios de Sesiones del año...

—¡Ah, sí, ya recuerdo! El célebre asunto de las minas de...

Hasta dos horas después, no se levantó Eugenio a hablar. La expectación era enorme, Izquierdo había tenido el arte de no pedir jamás la palabra sino cuando sabía que sus discursos habían de causar efecto; evitaba cuidadosamente prodigarse en ese terreno, siendo, en cambio, muy asiduo de presencia, de charlas en rincones, de cortas conferencias con los primates, de benévolas atenciones con los mediocres, de menudencias parlamentarias. El terreno estaba preparado: se venía susurrando mucho acerca de la cuestión; se hacía de ella arma contra el Ministerio, por ser Ruiz Aguado, el poderoso cacique, hombre influyentísimo con el actual presidente del Consejo; y ya se daba

por seguro que, al día siguiente del discurso de Izquierdo, saldría la manifestación imponente, recorriendo Prado y Castellana, con estandartes en que se leería «¡Abajo la inmoralidad!». Acaso se silbase delante de determinadas oficinas públicas; acaso se llegase hasta las carreras y cargas...

Cuando se levantó Eugenio Izquierdo, grave, apoyando la palma de la mano en el escaño delantero, corrió por la Cámara ese rumor inconfundible que significa «¡Atención!». Al principio, sin embargo, la voz del orador brotó un tanto apagada; dijérase que trataba de algo que le fue indiferente, y de lo cual se ocupase tan sólo por cumplir un deber. Y era que, en efecto, su voluntad se tendía trabajosamente para el esfuerzo, porque su pensamiento seguía otros rumbos, y su imaginación la obstruían otras representaciones muy diferentes. En la tribuna de la Presidencia, tocada con sombrero de amplio airón blanco, rodeado el cuello con la piel de armiño, que no tardó en quitarse, porque en el Congreso es sofocante el calor, acababa de aparecer Gina, y el ujier, llamado con seña rápida por Manzanares, se disponía a subir el satinado cucurucho de dulces, que todo diputado que se estima remite ya en vez de los clásicos caramelos. Lo cual no pasó inadvertido para Izquierdo, aunque pensó: «Nada tiene de particular. Está en el orden».

Sobreponiéndose a la impresión, trató de reunir sus fuerzas, recogíendose, como los atletas y acróbatas de circo cuando oyen la voz del compañero que exclama «Go!» Su acento sonó más claro, más firme; el período adquirió amplitud, y esa hábil trabazón en que cada frase produce su efecto, cada insinuación es recogida por los oyentes, cada gesto tiene su sentido. Poco a poco, como sucede en las grandes ocasiones, los escaños habían ido llenándose; en las mismas puertas había grupos; acudían los senadores. La tribuna presidencial también estaba rebotante, en la de ex diputados no cabía un alfiler, y la de periodistas hormigueaba, dificultándose el manejo de los cortos lapicillos de tomar notas. La atención, en vez de plegar las alas y arrastrarse, según hace con los oradores medianos y difusos, se agudizaba, al ir entrando Izquierdo en materia, dejando atrás las genialidades del exordio, y describiendo, con rasgos concretos y pintorescos, el estado de una provincia entregada al caciquismo más

brutal, doblada bajo el yugo, y presenciando, sin fuerzas ni para gemir, el espectáculo inaudito de la tala y pillaje de sus bosques, en espacio de muchas leguas; de esos bosques, que antes contribuían a alejar de la comarca el espectro de la miseria, y que ahora, inaccesibles para el pobre, eran fuente de lucro y riqueza para los afortunados especuladores a quienes protecciones imposibles de justificar permitían emprender tan jugoso negocio. Con rasgos brillantes, con reticencias perfectamente calculadas y certeras, dibujó el estado de la opinión, en apariencia subyugada por el miedo y la cautela, en realidad bullente de todas las indignaciones y todas las protestas morales, alguna vez traducidas en hechos, en piedras que van a romper vidrios de casas, en guardias insultados y agredidos en el cumplimiento de su cargo. Porque el pueblo que sufre un despojo se resigna, si quien le despoja tiene de su parte la legalidad pero no así cuando ve, bajo las mal urdidas apariencias legales, la logrería, la iniquidad. La palabra chanchullo, que estaba en la mente de todos y se repetía bajo las tribunas, no salió de los labios de Izquierdo, que desplegó arte y gran conocimiento del vocabulario para encontrar multitud de sinónimos más propios del lenguaje parlamentario y que todos entendían.

Después de la exposición del hecho principal, desarrolló, en cuadro general, otros abusos, otros despojos descarados, y al fin pronunció, en ataque ya directo, el nombre de Ruiz Aguado, señor feudal de aquella comarca, y bosquejó los medios de que se valían sus partidarios para tenerla aherrojada y hacer de ella campo de depredaciones. Y así, al través de sus partidarios, atacó de un modo rudo y certero al adversario de Manzanares. Ruiz Aguado, blanco de las miradas de la Cámara, hacía unas veces, con los hombros, señales de desprecio, y otras, con la mano, ese balanceo que significa, «Esperen, esperen, ya se contestará en debida forma»... Pero la impresión era que su prestigio quedaba herido en la raíz. En los grupos de senadores ministeriales había meneos de cabeza pesimistas.

Naturalmente, la última parte del discurso de Izquierdo fue directamente al banco azul, a quien hacía responsable de la profunda inquietud de la opinión, de esa anormalidad de la vida administrativa. Como en un ramillete de abrojos, recogió todo lo

que contra el Gobierno se decía, preparando así la protesta en otras esferas. Los ministros cuchicheaban, preocupados a pesar de una afectación de desdén. Era fácil ver que la perorata de Izquierdo había dominado a la Cámara. Ni un instante de fatiga; a cada paso crecía la elocuencia, era más viva la emoción. Halagüeños murmullos corrían por las tribunas, y se repetía el nombre del orador, augurando que era sin duda «el hombre de mañana» y que «venía pegando». Muchos volvían la cabeza hacia el sitio donde estaba Gina, chupando un bombón, apoyando las manos en el reborde forrado de terciopelo de Utrecht, al cual, por medio de un alfiler, acababa de sujetar su saquito, de donde emergía el ramo de violetas. Y se repetía: «Es la mujer del orador. Muy guapa, ¿eh? Bonito sombrero...» —añadían las señoras.

También Ruiz Aguado, con viva curiosidad, fijó en la tribuna presidencial los ojos. Larga fue su mirada: tan larga, que Gina supuso algo singular, e hizo un gesto de coquetería, acercando a su rostro el embalsamado ramillete. Estaba en sus glorias: el éxito de su marido reflujó en ella: de la tribuna de periodistas, de la de ex diputados, contiguas a la del presidente, salían rumores halagüeños, no se sabe si dirigidos a la belleza de la mujer, o al talento del consorte. Aquel era su ambiente propio; se esponjó de vanidad...

Entre fragor de aplausos terminó, con ardiente invectiva, la perorata de Izquierdo. Los diputados y senadores adictos a Manzanares, se acercaban a estrecharle la mano. Las felicitaciones eran intencionadas, sugestivas. Todos aquellos alejados del poder se asían a la esperanza de recuperarlo, por algún súbito cambio de las circunstancias. El abejorreo formidable de las tribunas, respondía al del salón.

Ruiz Aguado, por su parte, disponíase a contestarle, sonriendo cáusticamente a los amigos que también formaban grupo en torno a su escaño. El banco azul había recobrado el equilibrio, cuando el presidente, previo repique de campanilla, lanzó:

—El señor Ruiz Aguado tiene la palabra.

Ruiz Aguado no cultivaba la elocuencia sonora. Al contrario: su género era elegantemente familiar. No rehuía el chiste mordaz, significativo. Le hacía temible su conocida y artera táctica:

no responder a los ataques concretos del enemigo, y atacarle a su vez con armas ajenas a la discusión. En lugar de destruir los datos y las demostraciones de Izquierdo, en vez de probar que no existía el chanchullo, que los pinares de Sarraceda no eran presa de ávidos explotadores, pasó sobre este punto resbalando diestramente, seguro de que, en la Cámara, lo único que de tales cuestiones interesa, es su aspecto personal. Describió los manejos de los manzanaristas para mermar, en Sarraceda y en la provincia toda, el prestigio del Gobierno, y afianzar su poder propio. Recordó los beneficios que al Ministerio actual debe la provincia, en varios órdenes, y los comparó a la indiferencia con que Manzanares había mirado siempre el adelanto moral y material de la región. Luego, con transición bien preparada, trajo a colación la figura de Eugenio, de su «particular amigo» el señor Izquierdo... orador sin duda notabilísimo, como acababa de demostrarse, pero político bisoño, sin arraigo alguno en aquella región misma de la cual se pretendía paladín; mero instrumento del señor Manzanares, ejecutor de las especiales instrucciones de este «respetable» hombre público, y acaso inducido, por la oficiosidad de su mismo celo, a extremar una campaña que el señor Manzanares no hubiese llevado tan allá, porque conocía los efectos de algaradas semejantes, y podría convencerse de ello, en este momento mismo, sólo con volver la vista a los bancos de las oposiciones radicales, donde se preparaban a secundar la acción del señor Izquierdo de la Rocha, con perturbadoras iniciativas, lo cual no importaba tanto por lo que afectase al Gobierno, como por lo que tenía de destructora para todos los principios de orden. Ya en este terreno, analizando las intenciones de Izquierdo, Ruiz Aguado entró, como de soslayo, a personalizar un poco. Estudió aquel ataque tan rudo al Gobierno, despojándolo de su carácter de vindicación de la justicia y la moral, para poner de relieve su aspecto interesante. En frases que pudieran parecer reticentes, describió la estrecha solidaridad que unía a Izquierdo con Manzanares, y con arte malicioso, dibujó las figuras de sus dos enemigos, el uno algo fatigado ya, pero sin querer retirarse todavía de la palestra, renovándose por medio de la juventud del otro, que salía ahora al estadio lleno de brío. Al llegar a esta parte de la oración la

voz de Ruiz Aguado adquirió un tinte de ironía sutil y velada, consistente más bien en el acento exageradamente respetuoso en la afectada cortesía de la entonación. Eugenio, aparentando calma, crispaba los dedos sobre el reborde del escaño. Acababa de sentir miedo a aquella voz cortante, a aquella expresiva cara enjuta. La descripción de la amistad estrecha que le unía a Manzanares le hacía el efecto de un peligro sin límites... Parecíale que una mano artera le despojaba de su ropa, exponiéndole en afrenta a las miradas crueles de la multitud. Y no cabía duda, la mañosa perorata de Ruiz Aguado iba produciendo su efecto: las tribunas la seguían atentas, olfateando algo más de lo que se decía: de oreja a oreja, se cuchicheaba que el final de la sesión sería un triunfo para el Gobierno, un nuevo fiasco para las oposiciones. Nadie se ocuparía de los pinares de Sarraceda, a la vuelta de veinticuatro horas: lo interesante era aquel boceto biográfico del batallador Izquierdo, hecho de mano tan maestra, y la implacable anatomía de los móviles de la conducta de Manzanares...

Un diputado murmuró, no muy bajo, ciertamente:

—Ruiz Aguado va a tirar de la manta... Está en un momento de los suyos, de cólera fría, y cuando sonrío estereotipadamente, mala señal...

En efecto, cada vez hincaba más sus alfilerazos el orador. Con hábil estrategia hizo notar que la maledicencia a nadie perdonaba, y que por eso la acusación de inmoralidad es como espada de doble filo, que cabe esgrimir traidoramente contra todos y cada uno. Ahí estaba el señor Manzanares, hombre de tan conocida historia... —y la palabra «conocida» la subrayó incisivamente—, ¿es que habría dejado la calumnia, y él, Ruiz Aguado, se apresuraba a llamarla así, de ensañarse alguna vez en su persona?

Vivo campanillazo del presidente, tempestuosos rumores en el grupo manzanarista, corearon la parrafada. Ruiz Aguado hizo gestos de extrañeza. ¿Qué había dicho él?

Eugenio interrumpió, despreciativo:

—No pueden tolerarse ciertas insinuaciones.

Ruiz Aguado se volvió hacia Eugenio. La bilis daba a su tez reflejos amarillos, y en su cara de facciones bien marcadas, mo-

rena, lo blanco de los ojos brillaba siniestramente. Eugenio notó, al través del espinazo, un frío sutil. El miedo volvía a apoderarse de él: el miedo moral, el más pálido de todos.

—Soy un monigote si no me sereno —pensó, volviéndose hacia Manzanares, como para prometerle que saldrían victoriosos. Manzanares no le miraba; sus ojos, en aquel momento, buscaban, en la tribuna presidencial algo, unos ojos atigrados, un blanco airón sobre un sombrero; que de estas acciones de cadete tienen los hombres, hasta en la senectud. Sintió Eugenio, con lucidez psicológica, que Ruiz Aguado podía darle una puñalada. Presentó el pecho; la misma inminencia del peligro le calmó. Parecíale ver, en manos de su contrincante, el acero desnudo, reluciente en el aire.

—¡Insinuaciones! Señor Izquierdo de la Rocha, las insinuaciones que no cabe tolerar versan sobre cosa muy distinta, y su señoría, que domina el idioma castellano con perfección, lo sabe mejor que nadie. Versan sobre puntos más delicados: yo me guardaré siempre de hacerlas, de recoger rumor alguno que afecte al honor de nadie, en el sagrado de su vida privada. ¡La Cámara me hace la justicia de suponerme incapaz de echar mano de tales recursos, y deseo que mi particular amigo, el señor Izquierdo, lo reconozca así!

Por espacio de algunos segundos el aludido calló. El frío de la puñalada le cortaba el aliento. Toda la Cámara y todos los espectadores se fijaban en él, que, petrificado, buscaba una actitud, una respuesta a la perfidia atroz. Sudaba de angustia, porque no se le ocurría cosa valedera. Como en sueños, oyó la voz de Manzanares, pidiendo la palabra.

—¡Se sufre! —decía Eugenio para sí—. ¡Se sufre! ¡Es increíble!

Al fin, en alto, pronunció algo confuso... Su fortuna era que no se entendía nadie: a la marejada furiosa de los manzanaristas, que insultaban al Gobierno y al orador, contestaba el alboroto la mayoría, simulando indignaciones. Entre el tumulto, tarde en apaciguarse bajo campanillazos furiosos y voces reiteradas de «orden, orden» se perdió la contestación de Izquierdo. Cruzado de brazos, Aguado sonreía, con más hiel que nunca, con mueca sardónica. Como el espadachín, sabía que la estocada secreta acababa de pasar el corazón.

IV

AL tomar un coche de punto —el suyo se lo había llevado Gina— Eugenio repasaba mentalmente los incidentes de la jornada. Su conducta dependía de la solución de un punto oscuro: ¿apreciaría o no la gente todo el valor de la insinuación de Ruiz Aguado? Si era público lo que él había creído secreto... ¿qué hacer?

Hacer, era preciso. No cabía permanecer estacionario. Todos los conflictos, afirmaba Eugenio, se solucionan de dos maneras: por la acción natural de las circunstancias, o por la intervención personal: el caso es saber cuándo esta intervención conviene. ¿Sabía la gente algo?

—Discurramos con hielo en el cerebro —decidió—. Lo verosímil es esto. Ruiz Aguado ha oído o ha inventado un run-run. Certeza, no la hay, ni en él, ni en nadie. Esta mañana, no la poseía yo tampoco. Ahora, la tengo, pero sin lo que se llama pruebas concretas. Para nada las necesito: mi convencimiento me sobra. De todos modos, mi situación se complica. Si hay run-run, no puedo vengarme recatadamente; conviene, al contrario, dar cierta publicidad al desquite que me tomaré, no sé cómo, pero no importa. Los hechos se preparan, se construyen por la voluntad. Primero, yo. Ellos han pasado por encima de mí, secretamente, y debo destruirles sin perjudicarme. Nada de igualar las contingencias; hay que acertar con algo que no me dañe y los eche a pique... ¡Que parezca golpe de la suerte, y sea obra mía!

Al llegar a su casa, preguntó con la mayor naturalidad:

—¿Ha vuelto la señora?

—No señor... —respondió el criado—. El que vino dos veces,

es ese hombre que estuvo, por la mañana, con el señor. Dijo que volvería a las ocho.

—Cuando venga, que pase.

Preparó Izquierdo, en un sobre, los billetes, y, encerrándose en el despacho, esperó. El teléfono, colocado exactamente al alcance de su mano, en el ángulo del escritorio, repicó recio.

Del aparato surgió la voz de Manzanares.

—Es preciso que venga usted esta noche a mi casa. ¿Ya se le había a usted ocurrido? Claro. Como que hay mucho que tratar.

Eugenio sepultó en las manos la cabeza. Se oyó un campanillazo conocido: regresaba Gina. La sintió cruzar el pasillo, en dirección a sus habitaciones. Echó Izquierdo el cerrojo de la puertecilla, aunque suponía que Gina no pensase entonces sino en desnudarse y ponerse, para la hora de la cena, alguno de sus coquetones trajecillos de interior. Otro campanillazo menos resuelto: momentos después, el personaje velazqueño, el beodo, se le presentaba.

Eugenio no le dio tiempo a hablar.

—Tome usted sus mil duros, y desaparezca.

—Permítame enterarme, señor...

El desconfiado desenvolvió el sobre, y recontó cuidadosamente los pápiros.

—Está cabal... Mil gracias, caballero. ¿Habrá usted visto que, cuando Antoñón dice una cosa, firma el rey?

—¡He dicho que desaparezca usted, y pronto!

—Sí señor, desapareceré; pero me ha de permitir usted una observación. Con don Gregorio tengo cuenta pendiente, y, o se casa con mi hija, o...

En rápida ocurrencia Eugenio detuvo con un ademán al vejete, que se dirigía hacia la antesala.

—Atienda. Si consigue usted que don Gregorio se case con su hija, por cualquier medio que sea, cuente usted con otro tanto como contiene ese sobre. Al cuarto de hora de haber recibido las bendiciones la pareja, venga usted a recoger la suma. Siempre —¡entendámonos!— que la cosa se verifique dentro de un mes. No comprendo, señor Antoñón, cómo siendo usted hombre de hígados y redaños, no ha empezado por ahí. Crea usted que todo el mundo estima su vida, y si usted agarra un revólver y se lo

pone al pecho a su... yerno futuro, ¡qué remedio!, la honra de su hija de usted se habrá salvado, y la niña tendrá padre.

Hizo el interpelado gesto de brabuconería:

—Ya sabe uno lo que le conviene —declaró enfáticamente—. ¡Ya se verá quién es Antonio Méndez!

—Te conozco —pensó Izquierdo—. Vas a beberte lo que me has sacado; si puedes, has de sacarme más; pero a no ser que estés convencido de que a Manzanares se le asusta fácilmente, lo cual, en honor de la verdad, no es cierto, te guardarás de exponer tu persona... Por este lado no hay nada que esperar. Otra cosa, otra cosa... Ya la encontraremos... Ahora, a sentarnos tranquilamente a la mesa, con Gina...

Un sentimiento de orgullo dilató su pecho, cuando se encontró, en efecto, frente a frente de su mujer. Comprobó que ella estaba más emocionada, aunque lo escondía. Nerviosos estremecimientos agitaban sus manos al manejar el cubierto, al llevar a la boca, sin apetito, la comida.

—¡Visto! ¡El incidente la ha sobresaltado, como habrá sobresaltado a Manzanares! Las palabras de Ruiz Aguado pueden entenderse en varios sentidos, y ellos las han entendido en lo único que les preocupa. Quien domina la situación grave, soy yo; y la domino por la fuerza de mi resolución de que todo cuanto en la vida me suceda, sea lo que fuere —y me parece que esto...! ¿eh?, esto es de prueba, iseñores!—, todo cuanto venga, lo convierto yo a mi favor, lo hago base de mi bienestar y mi prosperidad futura. Lo cual no se consigue sino con la frialdad, con la impasibilidad estatuaría. Se sufre; pero no se deja ver; se encuentra uno traicionado; pero se castiga, y se sale ganando del empeño. Sin embargo, no cabe duda: la sesión borrascosa de hoy tiene que modificar mis planes. En las conversaciones particulares, Ruiz Aguado me estará dosificando el ridículo. No sabrá, quizás, lo que yo sé; pero murmura, de fijo, algo que supone, que unos creen, que otros niegan, según les interesa o no dar crédito al rumor injurioso, y que, de boca en boca, adquirirá consistencia. Si consigo una venganza lo bastante reservada para que nadie me acuse, lo bastante visible para que se piense que puede ser obra mía... entonces...

La voz de Gina sonó de un modo extraño en sus oídos.

—¿Qué tienes hoy? Esa sesión te ha preocupado mucho. Tú, que no sueles estar caviloso...

—No tengo nada, Gina. Claro es que lo de la Cámara me ha fatigado. Mañana habrá que rectificar y apenas dormiré, porque Manzanares me espera esta noche, para resolver, en vista del giro que ha tomado el debate. Tú acuéstate, duerme y sueña venturas. Ése es el papel de las mujeres bonitas. Estabas, por cierto, muy bien hoy en la tribuna, con tu garzota blanca en el sombrero. Tuviste un éxito. Te miraban mucho.

—Gracias por el piropo —dijo Gina, verdaderamente lisonjeada—; pero ¿cómo no ha de interesarme una cosa que te afecta tanto? ¡Ah! —añadió como el que recuerda— ¿no sabes que ya tenemos automóvil?

—¡Anda! ¿Cuándo se ha arreglado eso?

—Hoy... Verás... Al salir de la Cámara se me ocurrió ir al «garage». Morería había estado antes allí, dando orden de que aceptaba nuestras proposiciones, y de que podíamos tener el coche a prueba, si queríamos, desde luego, unos días y hasta que encontremos «garage», seguirá «remisado» allí. Esta noche diré que lo traigan, para que vayas en él a casa de Manzanares. Así irás conociendo sus condiciones. Yo entiendo poco, hijo, de esa parte práctica.

—¡Eres activísima, y un encanto! —sonrió Izquierdo, mirando a su mujer de un modo galante y expresivo. Ella, vencedora, se levantó, y viendo que el criado no estaba en aquel momento, abocetó un mimo conyugal. Como sucede a los envenenados con arsénico, que lanzan un grito agudo cuando les apoyan la mano en el epigastrio, Izquierdo gimió casi.

—¡Cuando digo que a ti te pasa algo! —exclamó Gina, extrañada.

—¡Mira, puede que sí! La discusión de esta tarde me ha puesto demasiado nervioso. Ese demonio de hombre tiene un modo de contestar que descompone al más tranquilo. Y tú bien sabes que soy tranquilo, Gina.

El tono era perfectamente natural, y, sin embargo, la esposa percibió algo de insólito en aquella conversación.

—Bueno, pues esfuérgate en conservar la sangre fría, que es tu gran cualidad —aconsejó—. No les des el gusto de que te saquen de tus casillas, ¿eh, Genito?

—No temas, la sangre fría nunca me abandona a mí: no la pierdo por motivo ninguno...

—No, pues hoy... No has comido apenas.

—Es que para mi rectificación de mañana, me hace falta tener el estómago muy despejado, porque es el estómago el que arregla la cabeza, ¿sabes, niña?

La voz había recobrado su tono igual y firme, el semblante era normal; Gina se levantó y corrió al teléfono, para avisar al «garage», que trajesen el coche. Gina era uno de esos espíritus elásticos, flotantes como el corcho en la superficie de las hondas aguas del vivir, y para quienes la hora presente tiene valor sustantivo, representa la dicha, o al menos la sensación grata y halagüeña. Su inquietud al ver a Izquierdo tan alterado —al menos, así lo sospechaba— se disipó ante el placer de realizar un insistente capricho. Mil hipótesis danzaron en su mente. Había temido, ella también, que las oscuras palabras de Ruiz Aguado envolviesen una denuncia. Pero la idea del automóvil disipó ese malestar incierto, tan incierto como la insinuación. Eugenio no sabía nada: Gina lo apostaría.

Se retiró a su tocador; compulsó cuidadosamente cuentas; escribió uno o dos billetes mundanos, aceptando o rehusando invitaciones; se deshizo el moño, se cepilló y entrenzó el pelo, como para dormir; se pulió las uñas, ocupación que no tenía tiempo de realizar por la mañana; se descalzó, se limó los pies cuidadosamente, y se quedó sin medias, con el nácar de la piedad al aire, sin el velo calado, y el pie desnudo dentro del chupincito rosa con ribete de cisne. Aguardaba no sabía qué; la emoción, el antojo todavía no gustado; algo que saboreaba con el deseo. Recordaba que, en la Cámara, miradas de admiración y de codicia la perseguían como moscas golosas.

—Voy saliendo de la oscuridad. Mi marido y yo subimos a la vez. ¿Quién lo duda? Sólo faltaría que subiese él no más, y yo me quedase en mi hogar, como dicen, dedicada a vigilar el fogón. Mi destino es otro. Cada paso que da él, doy yo otro hacia las alturas. Las propias de una mujer, las sociales. Estaré de moda, seré un astro...

Cerrando los ojos, divisaba horizontes de grandeza y vanidad satisfecha, mientras Eugenio, recostado en el auto, se dirigía ha-

cia la casa de don Gregorio Manzanares. Pensaba, con esa burla satírica de sí mismo que se despierta en las horas amargas de la vida, que por la mañana, don Gregorio había citado a Gina, a su mujer, y que por la noche le citaba a él, llamándolo como se llama a un dependiente, sin duda para comunicarle órdenes... Y cuando, dos horas después, todo impregnado de olor a tabaco, mareado por la larga plática y las discusiones, salía de la tempestuosa tertulia del político, era en efecto una orden lo que llevaba; una consigna.

—Es necesario —había dicho don Gregorio— que, mañana, nos demos un paseíto hacia Sarraceda. Hay que verificar los asertos de ese zorro, que son falsos sin duda, en gran parte. Por fortuna, mañana es domingo y no hay sesión. Disponemos del día, y algo podremos hacer. La manifestación, de haberla, no será hasta el primer día festivo que siga a este debate. Ya eso se tuvo en cuenta; el Gobierno trató de dar largas. Habrá que buscar un automóvil...

—¡No hace falta! Hoy mismo ha comprado uno mi mujer, y en él he venido...

Al decirlo, estudiaba Izquierdo la cara de don Gregorio, que supo remedar la sorpresa, pero sin gran arte.

—Es muy inferior a mí —decidió Eugenio—. Muy inferior en disimulo, en maquiavelismo. Somos de dos épocas distintas. Se clarea, se entrega. Acaso, como viejo, su amor senil le perturba. Ha puesto un gesto revelador; el dinero del automóvil es suyo... ¡Puah!

Al llegar a su casa, Izquierdo se guardó de despertar a Gina, que dormía ya, en postura graciosa y juvenil, con respiro igual y puro.

—Mañana se lo diré...

Cuando, al día siguiente, se lo dijo, Gina palmoteó; era una excursión preciosa la de Sarraceda, y mientras ellos hacían investigaciones políticas, ella se pasearía por el pueblo, admirada por paletos y paletas, bromeando, dando perras a los chiquillos.

LA suerte les deparó uno de esos días claros y radiantes del invierno de Madrid. Antes de salir, convinieron en almorzar juntos. Don Gregorio invitaba al matrimonio a un restorán de fama, encargando una minuta llena de faltas y errores culinarios, que Gina rectificó, no sin bromear mucho acerca de la escasa aptitud de los políticos para todo lo que sea vida a la moderna.

—¿Quién come ya jamón con huevos hilados? Camarero, a la «gelée» el jamón. ¡Puf! ¡Langosta con mayonesa! ¿No puede usted darnos, en vez de esa antigualla, langostinos al natural? Nada de sopa; un consumadito al Jerez... Bueno, sirvan lo más pronto posible, que tenemos viaje...

Mandaba y disponía, envanecida y venturosa, entre aquellos dos hombres sumisos a sus antojos. Lo equívoco, lo falso de la situación no nublaba ni poco ni mucho su frente, y quién sabe si intensificaba la sensación del triunfo. Allí tenía, al alcance de la mano, un ramillete de orquídeas y claveles blancos, sombreado por los gráciles culantrillos, y lo respiraba, con esa fruición delicada que producen las flores caras, por lo mismo que son cosa superflua.

Izquierdo sostenía la charla, bromeaba, hacía los honores a los platos bien elegidos; pero, en su estómago, una contracción especial hacía inerte y plomizo el sabroso alimento, y a su cabeza subía el vino espumoso, con picor que exaltaba la pena. Miraba a Gina, y la encontraba imprudente, en su alegría, en su animación febril; estudiaba también a Manzanares, que la servía con devoción, y repetía, mentalmente:

—Es un cerdo, un cerdo innoble. Bien decía Antoñón: es un sucio. Y esto que estamos haciendo aquí... En fin, isigamos, si-

gamos engañando, cuando nos creen engañados! Un día ellos estarán en el nicho de una sacramental, y yo me pasearé, libre de esta pesadilla. Yo he de salvarme, y a ellos los he de perder... ¡Sólo faltaba!

—Creo que ha llegado la «voiture» —murmuró ella, asomándose a la ventana volada del saloncito, que caía sobre la calle dorada de sol, estrepitosa, llena de gente que caminaba despacio, como quien nada tiene que hacer. En efecto, el automóvil, exacto, se detenía, y la mirada de Eugenio dominaba su techo liso y barnizado, y relucían, a la solanera, sus metales bruñidos, áureos. Detrás de Eugenio se asomaron también Gina y don Gregorio; creyéndole distraído, se sonreían, y Manzanares esbozó el ademán de rodear la fina cintura... Entonces, Eugenio, que se volvió impensadamente, sintió algo desconocido. A su parecer, no era ira, no era vergüenza, no era odio: era como una especie de elevación de su alma a regiones donde no había entrado jamás.

Era que, de pronto, el mundo artificial en que vivía se desvanecía, como se desvanece un sueño fútil, de esos que no se recuerdan al despertar, por más esfuerzos que se hagan, porque la realidad los empuja y los resuelve en humo, concentrando todas las facultades del alma en su sola, enérgica imposición de verdad y honra.

—¡En mi presencia —pensó—, sin reparo...!

Gina, apartando con vivacidad a su esposo, se inclinó a su vez para ver el auto, y disfrutar de la alegría jaranera de la calle. Sus ojos fulguraban de contento; también ella pertenecía al momento presente, y lo saboreaba.

—¿Nos vamos ya? —interrogó el marido—. Necesitamos estar en Sarracena, lo más tarde, a las tres. ¿Supongo —añadió dirigiéndose a Manzanares— que nos esperará don Camilo?

Don Camilo era el brazo derecho del manzanarismo en Sarracena, y se le había avisado por medio de un telegrama.

—Primero faltaría el sol —declaró Manzanares—. Pero denos usted tiempo, Izquierdo, de tomar café y fumar una breva. No podemos encontrarnos mejor, me parece, y cuesta trabajo arrancarse a este agradable corto momento de sobremesa, para ir a revolver todo ese cotarro político, que le aseguro a usted que

me tiene loco. Y lo peor es que, sin género de duda, llevamos las de perder.

—Pues anoche, si no me engaño, usted decía...

—¡Bah! ¿Anoche, delante de la tertulia, de tantos como irían mañana repitiendo mis palabras al Congreso, y en periódicos? Había que demostrar confianza... no dejar ver que nos hemos equivocado, que no dará la campaña el resultado que nos prometíamos. En cambio, nos hemos ganado fama de acudir a ciertos recursos, impropios de partidos gubernamentales. No; no salimos airosos de esta empresa. Además, no podemos desconocerlo: el resorte de las campañas de moralidad se ha gastado, como se gasta todo en este país tan escéptico, tan indiferente. En fin, algo habíamos de hacer; hicimos lo que se pudo; veremos si hoy, en Sarraceda, encontramos recursos y ánimo. Pero ahora, Izquierdo, no manifieste usted el celo del neófito, impiéndonos saborear el café con fruición.

—Convenido —contestó obsequioso Eugenio—. Venga el café y la benedictina, aunque en Sarraceda, de fijo, nos preparan un lunch estrepitoso, en cuanto a licores y vinos, porque don Camilo las gasta así. Es rico, y como en las aldeas no hay ocasiones, se alegrará de echar la casa por la ventana.

Eugenio hablaba con verbosidad, con una especie de nervioso júbilo. Cada detalle de aquellos momentos adquiría para él un relieve especial. Encontraba a todo, a las menores circunstancias, profundo sentido y extraordinaria altura; y pensó que tal debe de ser el estado psicológico de los reos, horas antes de las últimas, cuando cada incidente es una tragedia interior.

Él mismo pidió el café, y la Chartreuse verde, y sirvió a su mujer primero, y luego a su patrono político, escanciando, con pulso firme, el negro líquido excitador. Lo saborearon con complacencia, porque estaba hecho especialmente; no era la mezcla de achicoria y polvo de castañas que suele servirse por moka. En aquel restorán, a los buenos parroquianos, se les daba un café digno de tal nombre; y la Chartreuse era legítima, francesa, y Gina la adoraba.

—¡Es el único licor... no, y el curasao verdadero...!, que me gusta, porque los anisetes y los anisados... ¡iqué porquería!, y los

licores que huelen bien, a florecitas... ¡puf!, y los que son fuertes y arrancan la garganta, figurarse...

Coqueteaba con ambos comensales, arreglando, ante el espejo del saloncito, su pelo algo rebelde, de tan intenso dorado tono, y pasando por él la afilada mano, para proceder luego a prenderse su calesín Directorio, de automóvil, que, ajustándose exactamente a la cabeza, terminaba, sobre las orejas, en dos largos chorros de gasa gris que, cruzados sujetarían el sombrero y protegerían el rostro. Los hombres la miraban, Eugenio sin recato, don Gregorio a hurtadillas, y su pensamiento coincidía, pasajero, en una admiración sensual de las líneas mórbidas del torso, que pronto encubriría el largo abrigo de viaje. La contemplación, en Eugenio, determinaba un sentimiento rabioso de frenesí, sentido por primera vez: y en don Gregorio, otro que pudiera ser de melancolía, si tal palabra y tal matiz psicológico conviniese a aquel temperamento de vividor, disfrazado con capa de ambición, pero realmente dominado, encadenado, prisionero del goce, en su divorcio del ideal, en su desvío del sacrificio y del austero deber... Lo que se decía a sí mismo el viejo, era que aquella mujer representaba el peligro; peligro de descrédito, peligro de venganza conyugal, peligro de compromisos de dinero, peligro de apoplejía, o de parálisis medular... Y todos esos riesgos, comprendidos por un talento claro, afirmados por un juicio maduro, no eran bastantes para contrarrestar el efecto de unas tentadoras ondulaciones que se revelaban al movimiento de plegar un velo en torno de una gorrilla de picante forma...

El mozo trajo la nota, en una bandeja, y Manzanares pagó, alargando el billete con hidalguía, y dando la propina generosa. La escalera del restorán era demasiado estrecha para ofrecer el brazo a Gina, y bajaron uno a uno, no sin que el dueño saliese a la angosta antesala, a saludarles con profundo respeto. Eugenio hizo todavía una reflexión:

—El respeto de este hombre significa que le hemos dado ganancia. Hay muchos respetos así.

Al salir a la acera, resonante por el zapateo del gentío, Izquierdo vio algo que le obligó a hacer un esguince involuntario de retroceso, como el que impone la presencia de un reptil que

sale de entre la maleza a nuestros pies. Apoyado en el quicio de una puerta, estaba el báquico viejo, con su gabán de indefinible color y su hongo de grotescas abolladuras; con su cara violácea y vultuosa, y su mirar zaino y descarado, nivelador, insolente. Manchaba el esplendor de la hermosa mañana, como un bicho repulsivo que no ha recelado salir de su agujero, y mostrarse en toda su monstruosidad, aunque lo aplasten. El estremecimiento de Izquierdo fue notado por Manzanares, que le seguía; sus ojos tomaron la misma dirección, y a su vez divisó al mugriento, y cambió de color: había creído notar que Antoñón dirigía a Eugenio una señal de inteligencia, un guiño más marcado, que revelaba connivencia misteriosa... Dudaba Manzanares aún de lo visto, cuando subieron al coche los expedicionarios: Gina, ayudada galantemente por su esposo, que cediendo a Manzanares, según ley de cortesía, el cómodo asiento al lado de la dama, en el interior del confortable carruaje, se instaló junto al mecánico, en el de delante, respondiendo a las protestas de don Gregorio:

—Voy mejor aquí. Más a gusto. Puedo fumar.

El automóvil trepidó y se puso en marcha, al través de las calles de Madrid, que devoró en minutos. El raudal de aire libre, penetrando en los pulmones de Izquierdo, le causaba esa embriaguez que tan bien conocen los automovilistas: el olvido del peligro, y hasta un insano placer de buscarlo. La cautela, las combinaciones hábiles para sacar de cada suceso la mayor suma de utilidad, sin entregarse a la pasión, desaparecían. De nuevo, la verdad se le imponía y la verdad, era su agravio, su furia, su cólera, la reacción ante la ofensa y ultraje. Desapareciendo el calculador, el ambicioso, el codicioso, el egoísta, el hombre de bien combinados planes, surgía el ser natural, el que devuelve daño por daño, sin astucia, sin demora, en cuanto puede, satisfaciendo el instinto, sin mirar a consecuencias ni a resultados porque el torrente del sentimiento lo arrastra como arrastraría una paja o una pluma. Lo mismo que ciega un deseo de amor, imposible de vencer, cegaba el ansia de vengarse y de rehabilitarse ante sí propio, sin esperar, sin preocuparse de reservas, secretos, provechos, ni contingencia alguna. La fiera saltaba de su guarida, donde la habían recluso consideraciones pequeñas, di-

plomacias ínfimas, lo artificial, sobrepuesto, en complicadas capas, a lo primitivo, a lo hondo. Y en aquel enérgico resurgimiento de la realidad, alzábase también un afán de muerte, de la propia destrucción, unido al de la venganza, completa, espantable, definitiva. De antemano, como en un cuadro de tonos fuertes, veía la escena: oía el grito de terror de la mujer, la blasfemia del varón; los veía, a ella y a él, a los dos miserables, destrozados, aplastados, ardiendo, hechos sangrienta papilla, con el cráneo roto, los miembros fracturados, las costillas hundidas clavándose en las entrañas, los ojos fuera de las órbitas, exhalando el último alentar entre el terror de la agonía, sin auxilio humano, en el fondo del barranco, sin quien les acercase a los labios secos y lívidos una gota de agua. Y Eugenio repetía, dentro de sí: «¡Será justo, será justo! ¡No tienen excusa; sus móviles han sido bajos; no hay ni amor, y lo que voy a arrojar a la nada es un puñado de corrupción repugnante! Y yo también era corrupción, y no lo sabía, o hacía como si no lo supiese. Yo también merezco castigo duro, implacable. A cada cual según sus obras, a todos su merecido...»

El coche, fuera ya de la ciudad, corría precipitando su marcha, sin vertiginosa velocidad, innecesaria para jornada tan corta. A un lado y a otro del camino, los postes telegráficos eran monótono desfile de innumerables marionetas sin brazos. Los campos se extendían, amarillos, calvos, tristes por la falta de vegetación. En los árboles pelados ni aun asomaba el verdor tierno de las yemas. Una carreta, de largo tiro en hilera, se enredaba formando una ese de asustadizas bestias, al paso del automóvil.

Izquierdo volvió un momento la cara hacia el interior del coche. Gina, la del momento presente, charlaba con Manzanares, el cual, sin ser poderoso a evitar un inexplicable recelo, atisbaba el camino y la marcha del artilugio. Cuando vio, al través de los vidrios, subidos para evitar la corriente de aire y el polvo, la cara trágica de Eugenio, se incorporó con salto más vivo de lo que sus años permitían.

—¿Eh? ¿Qué pasa? ¿Pasa algo?

Hizo Izquierdo una señal negativa, que hubiese sido tranquilizadora, y no lo fue, porque Manzanares llevaba la espina,

desde hacía media hora, en la conciencia. Su gesto de alarma se comunicó a Gina, y, en voz muy baja, al oído casi, la mujer preguntó:

—¿Qué sucede?

Con igual recato se le contestó:

—No lo sé, pero juraría que está enterado... Para mí, hay un bribón que le ha puesto en antecedentes...

—¡No es posible! —dudó ella—. Si no me ha dicho palabra... Si hasta estaba de buen humor...

—Espera... Va a guiar...

En efecto, Eugenio se sustituía al mecánico, previo cambio de velocidad del vehículo: la mayor posible. Le favorecía la cuesta abajo, y el coche parecía tener alas. Hendía el aire, fantasmagórico en su rapidez, lanzado lo mismo que un cohete, cortando la respiración la columna de aire que levantaba.

Manzanares dio con los nudillos en el vidrio, llamando la atención del mecánico, pues la de Eugenio fuera difícil, esclavo como iba del motor; y el mecánico, volviéndose al llamamiento, hizo una mímica de resignación; sin duda le parecía también a él que dadas las viradas que exigía aquella carretera, y la pendiente, la velocidad pudiera ser excesiva, si el señorito no era un maestro en guiar. Al balanceo de cabeza pesimista. Gina, de pronto, palideció.

—¡Nos mata! ¡Nos mata!

Casi no había tenido tiempo de decirlo, cuando viró el auto, con terrible violencia, y, lanzado por su propio movimiento brusco, encabritado, se precipitó, furioso como un ser humano, crujiendo como crujirían los huesos de una persona, por el rudo despeñadero, nuncio de la proximidad de la sierra. El fragor de la caída, el bufido de la maquinaria, los ruidos propios del horrible accidente, no dejaron oír ni el quejido de las víctimas. A veinte metros salió disparado el mecánico, como un pelele; bajo el coche, hecho astillas, revuelto montón de hierro, cuero y madera, que empezaba a arder, quedaron los viajeros del interior; Izquierdo saltó, desnucado desde el primer rebote, los otros sin ninguna herida mortal al pronto, y agonizando sin embargo, roto cuanto cabe que se rompa, magullado cuanto hay que magullar en un cuerpo, acribillados los rostros

por las cuchillas de los vidrios, y encharcada en roja humedad la ropa.

Hora y media después, alarmados por la tardanza, vinieron los de Sarraceda a recogerles, vivo, pero desmayado, el mecánico, y los restantes sin soplo vital, excepto Gina, que sucumbió al llegar, en unas parihuelas, al pueblo.